

Capítulo 218 - Fuerza laboral

Vergil parpadeó lentamente. 'Otra vez esto, no...'

Antes de que pudiera reaccionar, Paimon se abalanzó sobre él, intentando agarrarlo del brazo, lista para arrastrarlo con ella. Pero, para su sorpresa, él ni siquiera se movió.

—Lo siento, pero no soy tan fácil —dijo Vergil con naturalidad, deteniéndola como si no fuera más que una ligera brisa.

Paimon frunció el ceño y aplicó más fuerza, intentando arrastrarlo... sin éxito.

"¿Hm?" Inclino la cabeza, confundida, y usó aún más fuerza, tirando con ambas manos. Pero Vergil permaneció inmóvil, como una montaña inamovible.

"¿Eh? ¿No te mueves?", murmuró Paimon, mirándose las manos como si le fallaran.

Zafiro soltó una breve carcajada. "¿Quizás te has debilitado?", bromeó, divertida.

Paimon volvió a mirar a Vergil, con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y el interés. «O quizás... simplemente se ha vuelto demasiado fuerte».

Vergil suspiró, metiendo una mano en el bolsillo. "Secuestrar gente sin consentimiento no es muy educado, ¿sabes?", dijo con una media sonrisa.



Paimon dio un paso atrás, observándolo con nuevos ojos. «Interesante... muy interesante». Su tono ahora tenía un matiz de fascinación.

Zafiro suspiró, exasperada. «Paimon, basta de juegos. Si viniste a hablar en serio, hazlo ya».

La Arconte mantuvo su sonrisa traviesa mientras sus ojos recorrían a Vergil de arriba a abajo, evaluándolo como un cazador analiza a su presa.

"Está bien, está bien", dijo, levantando las manos en señal de rendición. "Pero... después de esto, creo que realmente necesitaré pasar un tiempo contigo". Su mirada brillaba con una mezcla de curiosidad y diversión. "Presiento que serías una gran distracción".

Zafiro entrecerró los ojos, visiblemente desconfiada. "Paimon..."

La Arconte suspiró dramáticamente. "Vale, vale, me rindo. No secuestraré a nadie... por ahora". Lanzó una mirada burlona a Zafiro antes de soltar una risita.

Vergil observó la interacción con una ceja levantada antes de inclinarse ligeramente hacia Amon. "¿Las mujeres demonio siempre tienen la costumbre de intentar secuestrar a hombres como nosotros?", murmuró en voz baja.

Amon dejó escapar un suspiro cansado, cruzándose de brazos mientras los miraba sutilmente. "Normalmente... es una carga que tendremos que soportar."

Vergil negó con la cabeza, conteniendo una sonrisa. "Qué vida tan dura."





"Podemos oírte", dijeron Sapphire y Paimon al unísono, cruzándose de brazos y mirándose fijamente.

Amon dejó escapar un largo suspiro, claramente impaciente. "¿Sabes qué? Me rindo. He pasado demasiado tiempo intentando entender cómo puede morir un ser inmortal... ¿y, sinceramente? No me pagan lo suficiente para esto". Chasqueó los dedos y comenzó a desaparecer en un torbellino de energía oscura. "Buena suerte con tus secuestradores".

Vergil parpadeó unas cuantas veces, viendo a Amon desaparecer como si estuviera terminando una transmisión en vivo.

Paimon soltó una risita. "Me gusta, tiene estilo".

Zafiro suspiró, masajeándose las sienes. "Si todos resolvieran sus problemas así..."



Vergil simplemente rió entre dientes, cruzándose de brazos. «Paimon, deja de dar largas. Dime qué quieres de mí».

Paimon sonrió misteriosamente. «Ah, sí... Necesito compañía para una empresa de un valor inimaginable». Su voz era seductora, con un toque de malicia juguetona.

Vergil ni siquiera parpadeó. "Me voy." Se encogió de hombros sin dudarlo. "Tengo cosas más importantes que atender. Dos mujeres que de verdad me importan necesitan mi atención ahora mismo. Así que, gracias, pero paso."

Se giró hacia Zafiro, le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella. "¿Vamos? Quiero ver cómo está Stella. Parece estar peor que Roxanne".



En ese momento, un círculo mágico rojo comenzó a formarse bajo sus pies y la teletransportación se activó.

Sin embargo, antes de que el hechizo pudiera completarse, Paimon habló en un tono provocativo:

"¿No vas a dejar que el tipo que golpeó a Roxanne salga impune?"

El círculo mágico se hizo añicos como si hubiera sido interrumpido por la fuerza, y en un instante, Vergil ya estaba frente a ella, lanzando su puño un golpe feroz.

Pero...

Una barrera invisible y absurdamente poderosa detuvo su ataque en el último segundo. El impacto provocó una onda expansiva que agrietó el suelo a su alrededor.



Paimon seguía sonriendo, imperturbable. «No soy tu enemigo. Simplemente te ofrezco una oportunidad de venganza. Deberías estar más feliz, ¿sabes?»

Vergil entrecerró los ojos, pero no retrocedió. Sabía que no mentía, pero su paciencia ya se estaba agotando.

Dejando escapar un profundo suspiro, finalmente habló sin apartar la mirada de ella:

Zafiro, vete a casa. Iré más tarde.



La pelirroja dudó un momento, pero luego simplemente resopló, sabiendo ya que discutir con él sería una pérdida de tiempo.

—Ahora... ¿estás más dispuesto a hablar? —Paimon sonrió con suficiencia, y antes de que pudiera responder, el mundo a su alrededor se distorsionó en una nube de colores vibrantes.

En un instante, ya no estaba donde se suponía que debía estar.

Vergil se encontraba sentado en un lujoso sofá de gamuza roja que formaba un círculo alrededor de una mesa de centro de cristal negro. La tenue iluminación creaba un ambiente sensual, con tonos rojizos y morados reflejándose suavemente en el espacio. De fondo, sonaba una melodía lenta y sensual, mientras una solitaria puerta dorada se alzaba al otro extremo de la habitación.

Miró a su alrededor y levantó una ceja.

"Espera... ¿estamos en un club de striptease?" preguntó, con un tono que mezclaba confusión e irritación.

Cuando se volvió hacia Paimon, dispuesto a exigirle una explicación, ocurrió algo extraño.

Se dio cuenta de que... no sabía qué aspecto tenía.

—Espera... ¿No recuerdo su cara? ¿Cuándo detuvo a Zafiro y a mi madre...? ¿Desapareció? El pensamiento lo golpeó como una alarma. Hasta ahora, simplemente había asumido que sabía quién era, pero tenía la mente en blanco. No podía recordar ni un solo detalle de su rostro.





Como si hubiera leído sus pensamientos, Paimon rió suavemente.

"Oh, mi culpa. Probablemente te estás asustando porque finalmente me verás de verdad", dijo con naturalidad, echándose el pelo hacia atrás.

Vergil permaneció en silencio, con sus ojos fijos en ella mientras su mente finalmente registraba su verdadera apariencia.

Ella era... impresionante.

Paimon parecía una auténtica diosa de la lujuria, una radiante milf de unos 36 años, con una larga y sedosa cabellera rosa que le caía en cascada por la espalda y los hombros. Dos cuernos de ébano se curvaban hacia arriba, acentuando su aura exótica y misteriosa. Su piel era impecable, pálida y resplandeciente bajo la tenue iluminación de la habitación.

Sus ojos, delineados con un maquillaje oscuro y seductor, tenían un brillo travieso. El lápiz labial negro realzaba aún más su tentadora sonrisa.

Cruzó las piernas lentamente, con un movimiento que parecía casi ensayado, lo que provocó que su fino vestido lencero blanco se deslizara ligeramente, dejando al descubierto sus muslos bien tonificados. La delicada y sedosa tela se adaptaba perfectamente a sus curvas, realzando su generoso pecho y su irresistible silueta.

"Digamos que esta es mi verdadera apariencia", bromeó, con su voz llena de encanto natural mientras tomaba una tableta y deslizaba sus dedos por la pantalla.

—Al menos no eres una vieja bruja rara —suspiró Vergil, reclinándose en el sofá.





Paimon dejó escapar una suave risa, cruzando los brazos debajo de sus pechos llenos mientras inclinaba la cabeza ligeramente hacia un lado.

"Bueno, considerando mi edad, soy prácticamente una reliquia", bromeó, mientras sus labios pintados de negro se curvaban en una sonrisa provocativa.

Virgilio no mordió el anzuelo.

"Vayamos al grano", fue directo al grano, ignorando su juego de seducción.

Paimon suspiró dramáticamente, poniendo los ojos en blanco. "Tan serio... Pero bien."

Ella deslizó la tableta hacia él y la pantalla se iluminó, revelando un mapa detallado lleno de marcas coloridas.



"Actualmente estoy llevando a cabo una investigación aquí en el mundo humano sobre los Fragmentos de Excalibur".

Vergil frunció el ceño. "¿Tú también?", preguntó sorprendido. Al fin y al cabo, incluso él buscaba esos fragmentos.

Paimon asintió. «Sí. Como saben, hemos encontrado algunas... anomalías. Viviane nos informó sobre la posible asimilación de los fragmentos en armas, y ahora la situación se ha complicado aún más. Por eso hemos desplegado a nuestros equipos de élite para rastrear y recuperar los fragmentos».



Pasó el dedo por la pantalla, ampliando el mapa. «Los puntos rojos representan a nuestros demonios en el campo. Los círculos verdes son lugares que ya hemos investigado. Y los círculos morados...»

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Bueno, esas son áreas donde nuestros demonios desaparecieron o murieron.

Vergil analizó el mapa por unos instantes hasta que un marcador dorado llamó su atención.

"¿Y éste?" preguntó, tocando el símbolo resaltado.

Paimon se reclinó en el sofá y cruzó las piernas nuevamente, su expresión se volvió un poco más seria.



—Ese es el fragmento que encontramos... —murmuró.

Vergil entrecerró los ojos. "No pareces muy seguro de ello."

Paimon suspiró. "Digamos que... como gobernante del Inframundo, tengo limitaciones aquí en el mundo humano. Nuestra presencia total podría causar un desequilibrio, y bueno... destruir este mundo no forma parte del plan. Así que estoy operando con solo una fracción de mi poder, lo que me pone en desventaja."

Ella le dedicó una sonrisa irónica y lo señaló.

"Es por eso..."

Vergil puso los ojos en blanco, pues ya sabía a dónde iba esto.

"Me llamaste para solucionar el problema", concluyó, sacudiendo la cabeza mientras devolvía la tableta.

Paimon sonrió. "Exactamente. Eres fuerte, libre de estas restricciones, y, además..."

Ella se deslizó más cerca de él y su voz bajó a un tono casi conspirativo.

"...Te encanta una buena pelea, ¿verdad?"

